



# Homilía

## Acogida de la Cruz e icono de la Virgen peregrinando hacia la JMJ

*Sanlúcar de Barrameda, Domingo 20 de marzo de 2011*

*Queridos sacerdotes; hermanos, as; y sobre todo, queridos jóvenes, que en cierto modo sois los protagonistas de los actos que hoy comienzan acogiendo esta Cruz que nos preside.*

Siguiendo el camino cuaresmal hacia la Pascua continuamos proclamando los Evangelios que nos ayudan a recorrer las etapas de la iniciación cristiana con vistas a avanzar en el seguimiento de Cristo, como nos exhorta el Santo Padre en su reciente Mensaje. La semana pasada, la Palabra nos llevaba al desierto con Jesús, y nos confrontaba con las tentaciones, el pecado y la desarmonía que conviven al mismo tiempo – junto con la bondad y la entrega- en todo corazón humano.

El “**desierto**”, en el que Israel y Jesús caminan hacia su tierra prometida, es el símbolo por excelencia de la Cuaresma. También puede reflejar lo que es nuestra vida terrena, que puede vivirse con la falacia de convertir las piedras en pan y de obtener todas las riquezas mundanas... O bien como etapa previa a la Pascua, como camino hacia la vida eterna. A ella nos dirigimos nosotros. Por eso, hoy la Palabra nos arrastra hacia otro escenario completamente diferente, positivo y luminoso: el monte **Tabor**

Este domingo es como la otra cara de la moneda con relación al pasado: si entonces contemplamos a Jesús en su realidad humana sometida a la prueba, ahora lo vemos en su humanidad glorificada. Para ello nos apoyamos en el relato de la **Transfiguración de Jesús**, que este año leemos en S. Mateo. Ciertamente, el acontecimiento de hoy está relacionado con el drama de la Cruz, que los discípulos se resisten a aceptar, tras el anuncio que Jesús les ha hecho; sucede en función de ellos, que son quienes lo deben interpretar y finalmente ser sus testigos. En la transfiguración, Jesús los inicia en la comprensión de su camino pascual.

Por lo tanto, también viene este Evangelio y esta celebración en ayuda nuestra. También hablamos hoy de Cruz. Y en este monte del altar, Jesús se va a transfigurar, se va a hacer presente entre nosotros en toda la grandiosidad del sacramento eucarístico. A todos nosotros, discípulos suyos, como Iglesia que camina en esta diócesis de Asidonia-Jerez, quiere el Señor manifestarse en esta tarde. Todos somos Pedro, Santiago y Juan. Así que entremos en la dinámica del relato y la celebración para que también podamos escuchar la voz y el testimonio del Padre.

### **La cruz camino de humildad**

El Evangelio comienza diciendo “**seis días después. Después de anunciar su muerte a los discípulos**”. Y después prosigue con estas palabras de Jesús: “**Si alguno quiere venir detrás de mí, que se niegue a sí mismo, tome su cruz y me siga**”.

Recordemos un poco: Cristo les había dicho a sus discípulos que se ponían en camino hacia Jerusalén, donde el Hijo del Hombre “**tendría que padecer mucho, ser matado y al tercer día resucitar**” (cf Mt 15, 21). Pedro se había atrevido a amonestar seriamente al Maestro por estas palabras. Y no sólo él, sino todos, estaban sumidos en la misma perplejidad: lo de la resurrección no lo entendían... y lo de ser discípulos de un Maestro que iba a terminar vencido y ajusticiado en la cruz, no podían ni siquiera admitirlo.

En este estado de prostración y desánimo de los discípulos, el Señor los lleva al Tabor, sellando en ellos una experiencia que va a ser decisiva de cara a los acontecimientos que se avecinaban. El monte alto, como el

desierto, es un lugar de encuentro privilegiado con Dios (cf. Moisés en el Sinaí, Éx 19,20; 24,12ss; 34,1ss; Elías en el Horeb: 1 Re 19,8ss).

También nosotros ante la Cruz -como Pedro y los demás-, la primera reacción es rechazarla. Sobre todo cuando sabemos -al igual que ellos- que este Mesías sufriente no es aceptado en un mundo hedonista que se escandaliza del dolor y que proclama la divinidad del hombre, huyendo del sufrimiento y escondiendo la muerte. La Cruz siempre es “**escándalo**” para aquel que por sus prácticas religiosas se imagina a salvo de todo sufrimiento; como asimismo una “**necedad**” para un hombre ensoberbecido que se cree sabio, que se engaña pensando y creyendo que él domina el mundo. Quizá sea ésta la postura hoy más relevante: la prepotencia que ridiculiza la fe en Cristo y que se vanagloria de su ateísmo y de su poder. Un hombre que no renuncia a ser tanto o más que Dios.

Pero frente a este hombre que presume de no necesitar la fe, aparece la Cruz vacía, mostrando – paradójicamente- cuál es el camino de la divinización del hombre. Frente a un hombre que tiene fe idolátrica en sí mismo, y se jacta de que algún día él solucionará todos los problemas de la humanidad; frente a un hombre que cree en la nada, pero que termina creyendo en cualquier cosa ( horóscopos, cartas, adivinos, etc.) y frente a una sociedad que margina a Dios y se mofa de todos los que confiesen una vinculación religiosa, nosotros miramos la Cruz vacía y en ella, a la luz de la transfiguración, descubrimos el camino de encuentro que conduce a la divinidad.

¿Quieres ser como Dios? Pues ya lo sabes: apréstate a recorrer el camino de la humildad. El camino que el Hijo de Dios ha recorrido rebajándose hasta cada uno de nosotros; en una “**kenosis**” de amor tan grande – nos amó “**hasta el extremo**”, dice S. Juan (13,1)- que se hace nuestro amigo, sufre por cada uno de nosotros, muere por todos. Esta es la humildad que es preciso aprender, la humildad del mismo Dios. ¿Quieres ser como Él? Pues mira esa Cruz vacía: Dios ha vencido la muerte para que nosotros podamos morir a todo aquello que nos impide amar; para que podamos amar precisamente, “**en la dimensión de la Cruz**”.

### **La prueba del amor de Dios**

Queridos jóvenes, no os dejéis seducir por esa palabra tan usada para esclavizar hoy a los hombres y convertirlos en meros animales de consumo: el progreso. La primera lectura nos introduce precisamente en ese “mal llamado” progreso. Si profundizamos en el contexto de la llamada de Abraham, vemos que los hombres han pasado por la prueba del diluvio; pero un nuevo pecado va a dividir a la Humanidad: Babel es expresión del deseo soberbio de llegar hasta lo más alto del cielo, hasta el mismo trono de Dios.

Al fin y al cabo, lo mismo que ocurrió con Adán; el deseo de situarse en competencia con Dios, de ser como Él. El hombre no acaba de entender que sólo apoyándose en su Creador, podrá llegar a su capacidad máxima de grandeza y de dignidad. No comprende que al intentar prescindir de Dios se hunde, se empequeñece, se aniquila.

Pero la terquedad humana no logra ahogar el amor divino que mueve el corazón de Dios en su afán por atraerlos. Y para mantener viva la promesa de una liberación final, escoge a un hombre, Abrahán. Un hombre que oye su llamada y responde a ella incondicionalmente, con fe absoluta, con una gran generosidad. Y, fiado de sus palabras, sale de su tierra, -de Ur de los caldeos-, “**hacia la tierra que yo te mostraré**” –dice el texto-; soñando con ese hijo que Dios le promete; esperando, a pesar de la esterilidad y vejez de su esposa Sara.

Pues bien, hermanos, también hoy el Señor tiene empeño a entablar una amistad con cada uno de nosotros. Es eso lo que representa la Cruz: la alianza del amor de Dios; amor que no te condena, sino que te llama; que no te abandona, sino que te acompaña en la dificultad; que va por delante abriéndote el camino. Y te llama como a Abrahán. Nos llama a todos a “**salir**” de nuestro yo, de nuestra “**tierra**”; es decir, de nuestros proyectos para caminar con Él a “**una tierra que mana leche y miel**”, para poder testimoniar al mundo el amor de Dios con las mismas palabras de S. Pablo: “**Dios me libre de gloriarme, si no es en la Cruz de Nuestro Señor Jesucristo**” (cf Gál 6, 14).

La Cruz gloriosa de Jesucristo nos muestra que Dios sigue empeñado en ser amigo del hombre. En esa Cruz resuenan las palabras de Cristo “**Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen**”. Con esa oración el mismo Hijo tiende su mano a todos los hombres para llevarlos a la divinidad del amor. Jesús viene con fuerza para curar la ceguera de tu egoísmo, de creerte dios de tu vida...

Mas a todo aquel que se erige en rey de sí mismo y centro del mundo, habría que preguntarle: dime, ¿cómo andas de perdón? Seguro que mal; de que no eres capaz no sólo de perdonar a otros sino de perdonarte a ti mismo... Dime ¿cómo es para ti el amor? Pues no hay amor sin morir al yo. **“No es posible el amor sin la verdad”** -decía el siervo de Dios y próximo Beato Juan Pablo II-. Para amar hay que ser humilde, hay que ver la verdad de nuestro ser persona humana.

“Sin la verdad, el amor –como enseña también Benedicto XVI– se convierte en un envoltorio vacío que se rellena arbitrariamente... es presa fácil de las emociones y las opiniones contingentes de los sujetos, una palabra de la que se abusa y que se distorsiona... Sin verdad, la caridad cae en mero sentimentalismo (Caritas in veritate, 3).

Por tanto, queridos jóvenes, nos os dejéis seducir por esa corriente materialista y laicista que os invita a una libertad sin Dios y viviendo a capricho de los deseos. No, la verdadera libertad está en el amor, está en Jesús, está en la Cruz gloriosa de nuestro Señor Jesucristo, porque ella ha sido el precio pagado por nuestra libertad: la de poder abrazar la verdad para entrar libremente por los senderos del amor.

### **Experiencia de resurrección**

Es la libertad que ha experimentado Pedro Santiago y Juan. **“Qué hermoso es estar aquí”**, exclama el Apóstol en la cima del Tabor, con la espontaneidad que le caracteriza. El resplandor de la figura de Jesucristo le embarga el corazón, le embelesa los sentidos. Los discípulos son espectadores de la transfiguración de Jesús. La imagen que sobresale en esta experiencia es la luz: su rostro resplandecía como el sol, sus vestidos se volvieron blancos como la luz, una nube luminosa los cubría a todos...

Lo que los discípulos ven en Jesús transfigurado es, un anticipo de la Resurrección: el rostro de Cristo brilla como brillarán un día los justos en el Reino de su Padre (13,43); sus vestidos se vuelven blancos y luminosos, como blanco es el vestido del ángel en la mañana de Pascua (28,3). Es esa experiencia la que viene a hacer con nosotros a través de la Cruz...

Mira a tu alrededor, mira este pueblo cimentado en la Resurrección. Mira esa Cruz. Ella ha sido, es y será **“lecho de amor”** para todos los jóvenes que quieran construir sus vidas en la verdad de la humildad, de la donación y del amor. Una Cruz, también luminosa, que nos pone delante multitud de inquietudes, esperanzas, lágrimas, sonrisas y gozos de tantos jóvenes que han orado a sus pies y la han mirado con el corazón en las manos.

La **transfiguración** de Jesús es un faro de luz hacia el futuro para fortalecer la fe vacilante de los discípulos; es mostrarles que más allá del apeadero de la muerte espera al Señor –y por Él a ellos y a nosotros- un más-allá inmenso de gracia y esplendor. Pero sobre nuestra fe actúa, o debería actuar, una luz mucho más intensa, porque lo que en ellos fue un anticipo, en nosotros ya es realidad. Cristo ya ha vencido a la muerte; y en Él todos nosotros **“hemos resucitado”**. (cf. Pref Pascual II)

Por último, hermanos, no en vano el Icono de la **Virgen** acompaña a la Cruz. Si antes hemos oído las palabras del Padre: **“Éste es mi Hijo amado; escuchadle”**, la presencia de la Virgen nos dice también, como aquella vez en Caná: **“haced lo que El os diga”**. Y ¿qué nos dice Jesús?: **“Levantaos, no tengáis miedo”**.

Animo, pues, el Señor nos **“toca”** hoy el corazón para que no tengamos miedo a seguirlo y ser sus testigos ante el hombre de hoy.

**+ José Mazuelos Pérez**  
Obispo de Asidonia-Jerez